

LO RECÓNDITO DEL ALMA ANTIOQUEÑA

Fabio Villegas Botero

Introducción

A fines del año pasado salió de la imprenta mi último libro *El alma recóndita del pueblo antioqueño*. Al darlo a conocer y mediante el diálogo con diferentes personas me he dado cuenta que hay algo en el título que amerita una explicación más de fondo, el término “recóndito”.

En el DRAE aparecen unas palabras relacionadas con él que nos pueden orientar en la búsqueda de su significado semántico, para de ahí profundizar en lo que a través de ella expreso en el libro. En primer lugar el verbo *esconder* y sus múltiples derivados. Significa *encubrir, ocultar, retirar de lo público una cosa a lugar o sitio secreto*. Luego *absconder* que también significa *esconder, aunque con un cariz particular*. La partícula “*ab*” le da un sentido de *alejamiento, como en la palabra tomada directamente del latín, “absit”, con la que manifestamos el deseo de que una cosa vaya lejos de nosotros, o de que Dios nos libre de ella*. Finalmente *recóndito* o *recóndita* denota algo muy *escondido, reservado y oculto*. La partícula *re*, que generalmente denota *repetición, sugiere la idea de algo casi imposible de conocer por encontrarse completamente oculto, como si dijéramos requeteoculto*. Cuando hablo del alma recóndita del pueblo

antioqueño, quiero expresar que lo más profundo de nuestro espíritu ha estado siempre oculto, o se nos ha querido ocultar de tal forma que no lo podamos conocer y, por ende, sacar a flote; hacer de él el motor de nuestro comportamiento, tanto individual, como colectivo. No sabemos lo que somos, porque lo hemos querido desconocer, o porque se han empeñado en que no lo conozcamos.

1. Origen del pueblo antioqueño

Según la mayoría de los historiadores, los antioqueños somos descendientes de españoles e indígenas en un mestizaje que parte desde la llegada a Urabá de los primeros, aunque la fecha que más se menciona es bastante tardía, hacia 1541, con la llegada de Robledo y sus subalternos quienes fundaron la primera ciudad, Antioquia. Poco se menciona el origen negro. Según esto, el pueblo antioqueño tiene un origen prácticamente igual al de cualquier otra región del país o Latinoamérica. Sin embargo, como lo expongo muy brevemente en el primer capítulo, existe el convencimiento entre propios y extraños de que el antioqueño es un pueblo bastante diferente a los demás de Colombia y el continente. Como diferencia muy especial se menciona un aspecto que se escucha con frecuencia, principalmente a personas de fuera de Antioquia, aunque también a algunos de dentro. Que tenemos ancestro judío. Pero casi todos los historiadores antioqueños y tras ellos los extranjeros lo han negado insistentemente, aduciendo que no hay documentos que lo comprueben. Creo que el aporte de mi libro a la historiografía del pueblo antioqueño es precisamente mostrar un documento irrefutable de la presencia de sefarditas, es decir, de judíos españoles, en su ancestro. Aunque aclaro que no se trata de judíos como tales, sino de judíos conversos, o sea, de aquellos que, tras la expulsión decretada por los Reyes Católicos en 1492, gracias a una conversión, casi siempre ficticia, al cristianismo pudieron permanecer en España, aunque muy perseguidos, por lo que muchos trataron de emigrar subrepticamente.

El documento es de una novedad enorme, pues se basa en uno de los desarrollos más asombrosos de la ciencia moderna de la vida y del hombre, el ADN. En la dedicatoria doy por ello “gracias (a este, el) más viejo de los códigos (...) cuya estructura fue descifrada (precisamente) hace 50

años por J. Watson y F. Crick, por aportar la más nueva y la más fiel de las evidencias a esta discusión sobre el origen del pueblo antioqueño”. Para conocer el padre, la madre, el hermano, la hermana, cualquier consanguíneo de una persona, se acude al ADN. Es la prueba evidente de la existencia o inexistencia de dicho vínculo.

Desde hace varios años el Laboratorio de Genética molecular de la Universidad de Antioquia (GENMOL) comenzó a investigar el ADN de diferentes grupos étnicos del país empezando por los indígenas. Hace pocos años emprendieron la tarea apasionante de descubrir el ancestro genético de todo el pueblo paisa, o sea, el grupo más genuino de la población que se asentó en Santa Fe de Antioquia, Medellín, Rionegro y, hasta cierto punto, Marinilla, y que luego se expandió por toda Antioquia, varios departamentos vecinos y aun mucho más allá. Los resultados más llamativos de dicha investigación fueron publicados en una de las revistas científicas más importantes del mundo, *The American Journal of Human Genetics*, en el número 57 de octubre de 2000.

Uno no deja de asombrarse de los misterios del cosmos, de la vida y, sobre todo, del ser humano. El ADN nos permite encontrar por separado y de manera inconfundible el ancestro materno y el paterno. Este último se obtiene analizando el ADN del cromosoma Y, un factor que existe en los varones, mas no en las mujeres. En cambio, el materno se logra con el examen del ADN de la mitocondria, parte importantísima de todas las células del cuerpo humano, tanto de varones como de mujeres, ya que es su fuente de energía, pero que de manera casi increíble sólo lo transmiten las mujeres. Cuando el ADN de un hijo varón es igual al de su padre, el de éste al del abuelo y así sucesivamente, se crea una cadena o línea genética que nos puede llevar hasta los primeros padres de una determinada persona o grupo. Igual sucede con el de una hija con su madre, abuela, tatarabuela, etc. hasta llegar a la primera madre.

La investigación de GENMOL dio unos resultados sorprendentes. Respecto a las primeras madres del grupo que se empezó a gestar en la conquista a principios del siglo 16, se encontró que más del 90% eran indígenas. Esto coincide con los datos de los cronistas e historiadores que constatan cómo casi todos lo europeos que iban llegando eran varones. En contraste, solo un 1% de ellas era europeo. El resto es de negras africanas

que fueron traídas como esclavas y la mayor parte del tiempo vivían en las casas de sus amos o en su vecindad. El ancestro masculino es diametralmente opuesto. Más del 94% es de padres europeos, y ni siquiera un 1% de padres indígenas. El resto, como en la parte femenina, es de padres africanos, aunque en menor cantidad, pues muchos vivían en las minas o en el campo. Esta primera constatación nos da un mestizaje genético casi único en Colombia. En algunas regiones, como la meseta cundiboyacense, el porcentaje de padres indígenas es mayor y el de europeos menor. En otras el ancestro africano tanto masculino como femenino puede casi ni existir o, por el contrario, ser mucho más numeroso. Con la muerte temprana de la mayoría de los indígenas en Antioquia, aunque el ancestro genético no desapareció, el hecho de que los varones europeos que llegaban se unían con mujeres mestizas, hizo que la población fuera cada vez más de apariencia europea y que el grupo antioqueño fuera uno de los más blancos de Colombia. Claro que en el último medio siglo el número de negros ha venido creciendo con lo que el color se va volviendo cobrizo o canela, lo que le da una belleza especial, sobre todo a nuestras jóvenes. Es de notar que, a pesar del enorme ancestro indígena, su influjo cultural es casi imperceptible, acentuándose muchísimo el europeo.

Pero el resultado más trascendental fue la constatación irrefutable del ancestro judío. Más del 17% del ancestro paterno es de judíos conversos que fueron los que llegaron a Antioquia desde la primera entrada de los conquistadores y a lo largo de toda la colonia. Y, quizás más sorprendente y desconcertante para muchos, fue que el supuesto ancestro vasco que se había creado como una cortina de humo para negar toda posibilidad de herencia judía, resultó prácticamente inexistente. Aquí es donde yo planteo una hipótesis que habrá que verificar con mucha detención. Que fue precisamente ese pequeño grupo de judíos conversos el que finalmente impuso su cultura y su religión a todo el grupo, de modo que hoy tenemos una cultura homogénea muy similar a la de esos conversos.

Es más. Me atreví a sugerir que la imposición de esa cultura la lograron mediante la llamada “colonización antioqueña”. Unas familias pobres y desempleadas (lo que entonces se denominaba “vagos”) vieron a mediados del siglo 18 la posibilidad de internarse por quebradas y ríos en los inmensos territorios que la corona había ido adjudicando a unos pocos conquistadores y cristianos viejos, pero que los mantenían prácticamente

incultos. Baharequiando oro en las quebradas y ríos, rozando montes, sembrando maíz, engordando marranos y gallinas y, finalmente, fundando innumerables pueblos, los conversos se convirtieron en los verdaderos ricos, con los cuales se tuvieron que integrar los cristianos viejos hasta asimilar totalmente su cultura. Sugiero, además, que los líderes de ese pueblo que avanzaba como a una nueva tierra prometida, semejando otros tantos Moisés, fueron unos sacerdotes salidos casi exclusivamente de las familias conversas y educados con los jesuitas, ya en su propia tierra durante los 40 años de existencia de su colegio seminario en la ciudad de Antioquia, ya, principalmente, durante casi dos siglos en Bogotá, Popayán, Quito y la propia España.

2. ¿Qué es, entonces, lo recóndito?

En primer lugar hemos escondido con rechazo, como algo vergonzoso, el ancestro materno indígena. Lo hemos querido ocultar en lo más recóndito de nuestro ser. En Antioquia se eliminó casi por completo la población indígena. Claro que los catíos, como buenos caribes, eran belicosos. Recordemos la lucha de Robledo contra los armas, o la figura legendaria del cacique Nutibara, o la fiereza y astucia del cacique Toné. Por su parte, el grupo español, con buena mezcla de conversos (Pedrarias, Robledo, Rodas y muchos más) hicieron una conquista y colonización similar a la de los puritanos y calvinistas ingleses en Norteamérica. De ahí que el ancestro masculino indio sea casi inexistente. Las propias madres indias desaparecieron pronto después de dejar su impronta genética en lo más íntimo de unas bellas mestizas, pero sin podernos legar su cultura. Despreciamos por completo al indio y no queremos saber nada del maravilloso legado que nos pudieron transmitir.

Pero lo que más hemos querido ocultar es el ancestro judío. En primer lugar, lo ocultaban los mismos que lo trajeron. Si el decreto de expulsión de los judíos en 1492 pareció suavizarse para los más pobres con la posibilidad de convertirse al cristianismo, el hecho de que su conversión fuera más bien ficticia o sólo aparente, hizo que ésta se convirtiera en motivo de persecución permanente. Algunos autores opinan que fue más severa la persecución a los conversos que a los mismos judíos que permanecieron fieles a su religión y su cultura.

Debe ser terriblemente duro y desintegrador de la personalidad, tener que fingir permanentemente lo que no se quiere ser y ocultar lo que se es, máxime si se trata de lo más fundamental de la propia cultura y religión. Para un judío, como para un musulmán, como para muchos católicos, una exigencia así se rechaza hasta con el martirio. Claro que otros se hacen matar por cosas infinitamente baladíes. El converso trataba de conservar todo aquello que no lo delatara, pero tenía que aparentar ser quizás más católico que cualquier cristiano viejo. El nombre de marranos con que los tildaban viene precisamente del exceso al comer carne de cerdo (algo que les estaba radicalmente prohibido por su religión) para aparentar ser los más cristianos. Ayer mismo aparecía en la prensa la indignación de unos judíos ortodoxos del estado de Israel porque su Corte Suprema de Justicia había autorizado el expendio de carne de cerdo en tres pueblos minúsculos. Para mayor desgracia de los conversos, algunos correligionarios convertidos sinceramente al catolicismo, fueron quizás sus peores perseguidores: Torquemada, el inquisidor, Pablo de Santamaría, obispo de Burgos, “la figura siniestra del antisemitismo en España”, según Daniel Mesa Bernal, y muchos más.

Los conversos perseguidos trataban de huir a como fuera. Muchos lo hicieron a Portugal, de donde el apelativo de “portugueses” que se escuchaba con frecuencia en la colonia, tanto aquí, como en toda la América española. Pero el refugio más anhelado era, sin duda, el Nuevo Mundo, este maravilloso e inmenso continente. Con todo, tenían que viajar subrepticamente, como polizones, sin dejar ningún documento. ¿Qué indocumentado de hoy se atreve a dejar una huella de su paso? De ahí la hipocresía de tantos historiadores puritanos (¿o sería por otras razones?) que negaban hasta la posibilidad de su venida a Antioquia, a pesar de múltiples indicios. Pero la Corona sabía que eran muchos los que venían y para impedirlo utilizó a las autoridades civiles y eclesiásticas de sus colonias: virreyes, audiencias, inquisición, obispos, muchos más. Para fortuna de nuestros antepasados, Antioquia era un refugio casi inexpugnable, por sus escabrosos caminos y el encierro de sus montañas. Y, como dice el refrán, no hay pícaro sin suerte. Unos judíos amantes como nadie del dinero, encontraron aquí ríos de oro para su deleite.

Una manera de camuflarse para entrar desapercibidos fue utilizando patronímicos ficticios. Adoptaban nombres de cristianos viejos o recorta-

ban la parte del apellido que los pudiera delatar, como los Restrepo el López, los Ospina el Martínez, los Zea el Rodríguez y así muchos otros. Una vez que se enriquecían aquí, mandaban a conseguir en España cédulas ficticias que revelaran un origen de cristianos viejos. De ahí esa afición y ese prurito de genealogías, las más de ellas engañosas. Luego, cuando los conversos predominaron y los cristianos viejos se tuvieron que mezclar con ellos, todos trataron de ocultar lo que pudiera tener olor a marrano. Claro que todos le cantaban el más fervoroso himno al chicharrón, el chorizo, la morcilla, el tamal, los fríjoles (judías los llaman en España) y la arepa (especie de pan ácimo): “Salve segunda trinidad bendita: salve frisoles, mazamorra, arepa”.

Al llegar aquí los conversos siguieron su vida de tales, una dualidad donde se afirma lo que se quisiera negar y se niega lo que se quisiera afirmar. Quizás el defecto principal de los antioqueños es la hipocresía. Lo decía el Gobernador Silvestre hacia el final de la colonia: “hipócritas son los más”. De ahí su alma tan indescifrable, tan llena de contradicciones. Daniel Mesa Bernal en su libro *De los judíos en la historia de Colombia* trae este compendio de los patrones de comportamiento de los judíos conversos y de los antioqueños: “Religiosidad, tendencia a recordar nombres bíblicos y orientales, creencia en que el bienestar terreno es un premio que Dios da por el buen comportamiento, temperamento nervioso o variable (neurosis), sentimiento de persecución y discriminación, agresividad, maneras democráticas, locuacidad y extraversión, temperamento crítico, expresividad de movimientos, incongruencia entre las creencias y la acción, dificultad para perdonar, unidad familiar, endogamia, valoración del linaje, alta natalidad, aversión al solterón, tradicionalismo, reserva, hospitalidad, ascetismo y propensión al ahorro, superstición, sentido práctico, sentido comercial, actividad utilitaria, afición al dinero, solidaridad económica, sentido de independencia económica, afición al riesgo calculado, propensión a negociar a crédito, tendencia al juego, truculencia y anarquismo, ostentación, obsesividad, exageración, hipersensibilidad del tiempo (cumplimiento), movilidad geográfica, inclinación a unirse como grupo, que se tradujo en regionalismo”.

3. ¿El ancestro judío convertido en insulto?

Se podría afirmar que la gestación de ese grupo homogéneo que es la fuente de todo el espíritu antioqueño fue lenta y reservada. Aunque Antioquia fue gran productora de oro desde el mismo comienzo de la colonia, y por eso se la pelearon los primeros conquistadores, cuando esa riqueza decayó a fines del siglo 17 parece que entró en un letargo. Los conversos lo convertirían en su gran oportunidad a mediados del siglo 18. Empezaron una colonización propia con el aliciente de hacerse dueños de tierras y la inapreciable suerte de encontrar oro en el mazamorrero. Crearían adicionalmente una agricultura y ganadería florecientes que les permitieron a las familias multiplicarse asombrosamente para que la población paisa pasara de ser un 5 o 6% de la de todo el país hacia 1800, hasta llegar en poco más de un siglo al 25%, a ser la cuarta parte de los colombianos.

Al llegar la independencia y la república, los antioqueños empezaron a influir intensamente en la economía del país desde la propia capital, Bogotá. Lo hicieron, como se dice, con todos los fierros. En bloques familiares, con toda su astucia de negociantes y financistas, y buscando el apoyo de los altos poderes políticos. A la guerra fueron más bien pocos, pero no menos valientes: José María Córdoba, Atanasio Girardot, Liborio Mejía y otros. Los amos reclutarían 1.000 esclavos, ofreciéndoles la libertad si sobrevivían. Pero mucho más importante fue su figuración política. Francisco Antonio Zea fue muy apreciado por el Libertador hasta hacerlo Presidente del Congreso de Angostura de donde salió elegido Vicepresidente de la Gran Colombia, por lo cual fue el primer presidente del Congreso de Cúcuta. José Félix de Restrepo fue también figura prominente en dicho Congreso donde logró que se aprobara la manumisión de los esclavos que ya había conseguido antes en Antioquia. José Manuel Restrepo fue un hábil político que bien podía estar con Santander o con Bolívar. Un grupo de políticos antioqueños serían los aliados de Santander en la célebre convención de Ocaña, principalmente Juan de Dios Aranzazu, que más adelante llegaría a ejercer la Presidencia de la República como encargado, Francisco Montoya, Manuel Antonio Arrubla y Manuel Antonio Jaramillo.

Pocos meses después, un grupo de antioqueños participó en la conspiración contra el libertador en la nefanda noche septembrina. Esto atizó

la mala voluntad de los bogotanos contra los antioqueños, que ya estaba en un nivel muy bajo por los empréstitos de que trataremos luego. En carta de José Manuel Restrepo a Francisco Montoya le dice: “Aquí se ha aumentado la preocupación contra los antioqueños por la parte que tuvo Zulaibar en la conspiración; por la que se supone a Antonio Santamaría y por la de Alejo Pérez que anda fugitivo; también cree el Libertador que en Medellín hay algún partido contra él por cartas que le cogieron a Benito Santamaría que también fue desterrado (...) Ha habido hombres que la noche del 25 dijeron que la conspiración había sido de antioqueños”. Luis Fernando Molina en su apasionante biografía de Francisco Montoya Zapata de la que extracté la carta anterior añade: “La participación antioqueña en la conspiración también la confirmó la huida a Antioquia del cabecilla del atentado, Mariano Ospina Rodríguez, quien fue acogido por el rico comerciante rionegrero Anselmo Pineda”. (p 120) Este importante personaje, que no era de Antioquia pero ayudó a modelarla a su talante, se convirtió desde entonces en otro de sus símbolos, sobre todo en lo político, como creador del partido conservador y máximo propulsor de su alianza con la jerarquía y el clero.

Cuando ya Santander había salido para el destierro, Francisco Montoya se tiene que refugiar en sus minas de Santa Rosa de Osos junto con su amigo Juan de Dios Aranzazu. De allí le escribe en 1829 al General: “En Bogotá parece que se ha declarado una guerra abierta al nombre antioqueño, o porque temen a la inquietud de su carácter, o porque son propietarios” (p.175). Esa guerra tocaría al mismo Santander en 1836 cuando fue a contraer matrimonio con una antioqueña. Dice el mismo Molina: “Lino de Pombo, Secretario del Interior y de Relaciones Exteriores del gobierno de Santander, escribió despectivamente al Doctor Rufino Cuervo acerca de Sixta Tulia: “La noticia particular más notable que hay, y que voy a dar a Ud. no dejará de sorprenderle. El General F. De P. Santander une dentro de pocos días su blanca mano con perpetuo e indisoluble lazo con la mano agraciada, aunque un poco morenilla, de Sixta Pontón”. (p 122. El subrayado es del texto)

Lo que más rechazo hacia los antioqueños despertó en casi todas las regiones del país, pero sobre todo en Bogotá, fue la intensa actividad económica y el consiguiente enriquecimiento de unos cuantos antioqueños. Basta mencionar tres nombres, unidos con la misión económica oficial

que les encomendara el Vicepresidente Santander, de conseguir unos empréstitos en Inglaterra. Francisco Antonio Zea, quien negoció el primero. Quizás las circunstancias hicieron que fuera realmente muy oneroso y el hecho de no haber podido regresar al país por su muerte en Inglaterra, aunque no permitió un enjuiciamiento del que hubiera salido libre, permitió que todo se convirtiera en consejas en su contra.

Desafortunadamente fueron otros dos antioqueños, amigos íntimos de Santander, los encargados de conseguir un segundo empréstito: Francisco Montoya Zapata y Manuel Antonio Arrubla que ya habíamos mencionado. Claro que además de la amistad con el Vicepresidente, los favorecía en la elección su gran experiencia comercial previa. Parece que no les fue mejor que a su predecesor en las condiciones obtenidas, pero la jugosa comisión que recibieron dio pie a que denostaran de todo el grupo antioqueño. Que esa comisión y muchos otros privilegios de la amistad con Santander y otros políticos ayudó para que Montoya llegara a ser el hombre más rico de toda Colombia hacia la mitad del siglo XIX, no se puede afirmar. La multitud de negocios que emprendió y en que fue supremamente exitoso, como el tabaco de Ambalema, la navegación a vapor por el Magdalena, las minas de oro, incluída la de El Zancudo, la compraventa de propiedad raíz (lo que al final lo llevó a la quiebra), el comercio internacional, la compraventa (con tintes de contrabando) de oro en polvo y, sobre todo, el ser el mayor prestamista de su tiempo, hasta financiar de modo desbordante al agiotista boyacense Jorge Tadeo Landínez, causaron gran envidia entre los bogotanos.

Precisamente la escandalosa quiebra de este negociante, que el vulgo asoció con Montoya, hizo que la envidia aflorara en la prensa, con un famoso anónimo atribuido a José María Samper, que se publicó en *El Día* en 1844 en el que le enrostran a los antioqueños el apelativo de judíos como un insulto: “¿Veis a esos solícitos y activos usureros, de rostro hebraico y corazón empedernido, amigos de la conveniencia y enemigos de la ajena, incapaces de complacer a nadie, ni aun a su misma familia? Pues reparadlos bien y apostad mil contra uno que descienden por línea recta de los miembros de esa raza deícida que, perseguidos por Felipe II, vinieron de polizones a América ocultando su nombre verdadero y su origen, y cuyos descendientes son hoy el tormento de cuantos individuos...”. Estas palabras encendieron una polémica que pareció superada un siglo

después con la negativa dada por multitud de ilustres antioqueños a cualquier origen judío, lo que hoy ha quedado plenamente desvirtuado.

4. ¿Por qué ocultamos el ancestro judío?

En mi libro digo que quizás lo que más ofendió a los antioqueños en esa sindicación fue el tratarlos, no sólo de judíos, sino como miembros de la “raza deicida”, hiriendo así sus más íntimos sentimientos religiosos. En gran parte es verdad. Es que el catolicismo, tan arraigado en el alma de los antioqueños, había mantenido un rechazo absurdo, pero no menos radical hasta el Concilio Vaticano II, hacia el pueblo judío, como si fueran los asesinos de Cristo, los deicidas. Si hoy puede haber razones para rechazar la política sionista del gobierno israelí, en especial el de Sharon, contra los palestinos, ya no es por motivos religiosos, al menos para los cristianos de la mayoría de países.

Con todo, creo que no es posible reducir el problema solamente al aspecto religioso, así fuera muy importante y comprensible en su tiempo. Se negaba el ancestro judío, de manera muy especial, por los defectos que nos arrostraban, en especial, aquello de ser “solícitos y activos usureros, de (...) corazón empedernido, amigos de la conveniencia (propia) y enemigos de la ajena, incapaces de complacer a nadie, ni aun a su misma familia”. Daniel Mesa Bernal dice que: “entre 1844 y 1880 los diarios bogotanos trataban a los antioqueños de avaros, fraudulentos, políticos villanos, barbudos, judíos y maiceros”. Ann Twinam, por su parte, dice que: “la década de 1840 corresponde a la expansión de las inversiones antioqueñas en los mercados nacionales, lo cual pudo haber despertado los celos de la competencia bogotana, tal vez no tan bien financiada”. Eran pues dos cosas correlativas: los celos de los bogotanos frente a la astucia, la ambición y los verdaderos o supuestos fraudes de unos antioqueños de corazón empedernido, amantes únicamente de su conveniencia.

Aunque no es que no les reconocieran sus cualidades. Los hacían con sinceridad. El mismo Samper del anónimo decía en 1861: “En la provincia de “Antioquia (...) españoles, israelitas y criollos se cruzaron libremente y produjeron la más hermosa y enérgica raza mestiza-europea que se conoce en Hispano-Colombia”. (Polémica, p 120) Jose María Vergara y Vergara exalta: “la espléndida belleza de sus mujeres, ligeramente morenas y ador-

nadas de ojos negros, (...) el innato carácter comercial (del antioqueño) y la organización patriarcal de la familia. El antioqueño del bajo pueblo (es) el más bello tipo del estado y de toda la República; es inteligente, gran trabajador y muy honrado (...) Hay pocas medianías en el pueblo antioqueño” (p 128). La esposa de José María Samper, Doña Soledad Acosta escribe: “Es esa una raza trabajadora, activísima, frugal, inteligente, muy dada a economizar, amantísima de la propiedad hasta sacrificar vida y comodidades para conseguir riquezas, (...) y nunca deja de trabajar en los negocios más penosos y fuertes para ganar un duro más”. Y prosigue: “Sus pasiones son violentas y al parecer son pacientes pero aguardan siempre la ocasión de vengarse de sus enemigos. Las mujeres son quizás las más hermosas de toda Colombia (...) El viajero siente un placer indefinible al llegar a una de esas habitaciones de las montañas, donde las gallinas picando la hierba, las vacas bramando en el corral, la huerta perfectamente cultivada, el patio sembrado de flores, el aseo y la compostura por todas partes revelan que allí reina el trabajo y la abundancia, la familia y la mujer. Luego, el placer sube de punto al ver la acogida franca y hospitalaria que recibe. Para obsequiarle se mata la gallina más gorda, se arrancan las mejores legumbres, se le prepara el más cómodo lecho” (p. 192) No era, pues, desprecio al antioqueño, ni minusvaloración de su raza y sus grandes cualidades.

El rechazo de los antioqueños al ancestro judío que le enrostraban, no tiene un motivo distinto al que, curiosamente, expresaba un eminente sacerdote jesuíta, el P. Félix Restrepo: “Que Antioquia sea de origen hebreo es una suposición enteramente gratuita, cuyo origen no es otro que el insulto que en más de una ocasión se ha querido lanzar contra ella, para afean lo que a algunos les parece apego demasiado a negocios pecuniarios”. Lo camufla con un antisemitismo, que podría avergonzar casi al propio Hitler: es, dice: “una raza prevaricadora, una raza apartada de Dios, una raza sobre la cual pesa el castigo de una terrible maldición, una raza de grandes prendas naturales, pero pervertidas por el egoísmo que, a manera de becerro de oro, es el Dios que ha venido a sustituir al perdido Jehová. Los judíos de la edad moderna se encuentran complicados en los mayores crímenes sociales. Ellos son en gran parte los causantes de ese desequilibrio económico espantoso que ha puesto la riqueza en manos de unos pocos, dejando en la miseria a la gran masa de la población (...) Los

trusts bancarios que han acaparado el oro del mundo están compuestos de judíos. El capitalismo sin entrañas es el gran pecado de la edad moderna, y los primeros culpables de ese pecado en todas las naciones donde él impera son los capitalistas judíos". (p 152). ¡Sin comentario!

Para los prohombres de Antioquia, ser de origen judío era una gran vergüenza. Pero era porque los hacía ver ante los demás con unas lacras que quisieran ocultar, aunque por nada del mundo las abandonaban. Por eso quisieron tender una cortina de humo inventando el cuento de que lo más radical de nuestra alma era herencia de los vascos del norte de España. Parece que fue el sabio Manuel Uribe Ángel que la inventó, pero inmediatamente lo secundaron Rafael Uribe Uribe, Carlos E. Restrepo, Marco Fidel Suárez, Emilio Robledo, Gabriel Arango Mejía, (quien publicó sus Genealogías para rechazar el ancestro judío y probar el supuesto vasco), Luis López de Mesa y muchos otros. La gran autoridad del Dr. Emilio Robledo que prologó las Genealogías hizo que prácticamente todos los investigadores extranjeros, desde Parsons hasta Ann Twinam, repitieran a coro dicho infundio.

Ya dije antes que la investigación genética de GENMOL mostró que el ancestro vasco y catalán no llegaba ni a un 3%. Entonces, ¿qué significan los apellidos vascos que tenemos? Pues, primero, que aunque sí vinieron unos cuantos vascos, no por eso se puede asegurar que ellos fueran los que impusieron a todo el pueblo paisa una cultura tan similar a la de los conversos judíos. Segundo, que muchos de los apellidos vascos, o eran de judíos conversos que se habían refugiado en las Vascongadas durante las múltiples persecuciones en la historia de España, o que los utilizaban los conversos de otras regiones de las que vinieron a Antioquia para alejar la sospecha de judaísmo en España. Eso les servía para venir legalmente, como si fueran cristianos viejos.

No es necesario alargarme más. Para concluir brevemente estas reflexiones quiero tan solo destacar el mal que representa para el pueblo antioqueño, no menos que para todos aquellos con quienes interactúa, querer esconder nuestro origen y, por ende, no poder desarrollar nuestra auténtica personalidad.

5. Resultado de esconder nuestro ancestro

Fernando González Ochoa en un librito apasionado y visionario, *Los Negroides*, publicado en 1936, decía que el: “Departamento de Antioquia, (está) poblado por judíos y vascos, mezclados bastante con el indio y con el negro”. (p 48) En un capítulo que titula: *Estudio acerca del antioqueño* dice que es una: “gente rara, única que tiene personalidad en Sudamérica. Gente egoísta y áspera, más que piedra quebrada; hombres de móviles primitivos, humanidad prometedora para el educador, pero desagradable en su estado actual. Hasta hoy ha vivido (...) bajo motivación netamente individualista: conseguir dinero para él; guardarlo para él; todo para él”.

Hablando de todo el pueblo suramericano, decía algo que se puede aplicar mucho más al antioqueño: “ocultamos como un pecado a nuestros ascendientes negros e indios. Somos seres que se avergüenzan de sus madres, o sea, los seres más despreciables que pueda haber en el mundo”. (p 109) Debería haber añadido que ocultamos como un pecado mayor nuestro ascendiente judío y nos avergonzamos mucho más de nuestros padres. Pero afirma premonitoriamente: “La grandeza nuestra llegará el día en que aceptemos con inocencia (orgullo) nuestro propio ser”, (p 110) una vez que aceptemos orgullosamente nuestras madres y nuestros padres.

El antioqueño fuera de su terruño se vuelve apátrida, reniega de todo aquello que le enrostran, en especial su ancestro indígena y, sobre todo, el judío. En su propia tierra, reniega del ancestro judío para ocultar las lacras que de ellos hubiera podido heredar, como reniega de su ancestro indio para ocultar la vergüenza, que no el remordimiento, de haberlo atropellado, casi aniquilado, para apoderarse primero de sus mujeres y luego de su tierra. Es una actitud más estúpida que la del avestruz. En vez de reconocer las posibles debilidades para tratar de superarlas, en cuanto sea posible, nos empeñamos en negarlas, con lo que nos convertimos en hipócritas, como lo afirmaba desde hace más de dos siglos el Gobernador Francisco Silvestre.

En mi libro me pregunto si es bueno o malo descender de indios o blancos o amarillos, o de cualquier raza o etnia de las existentes en el planeta. Y respondo, que es una pregunta que en nuestro caso no tiene ningún sentido. Uno es lo que es, con todas sus fortalezas y debilidades. En

cuanto al ancestro indígena, deberíamos valorar mucho más el legado tan hermoso que hemos despreciado hasta ahora. Deberíamos tratar con inmenso respeto y generosidad a los pequeños grupos indígenas que aun sobreviven en medio de nosotros y ayudarlos a desarrollarse a plenitud, para bien mutuo. “Lo inteligente con nuestra raza indígena, decía Fernando González, sería ayudarlo a su desarrollo, instigar sus instintos creadores, sus formas religiosas y su arte. La obra verdadera está en comprenderlos” (p 29).

Respecto al ancestro judío, primero que todo, debemos alejar de nosotros cualquier xenofobia, en especial el antisemitismo que desarrolló por 20 siglos una Iglesia Católica que por fin reconoció su inmenso error. Aunque lo más importante de nuestro ancestro judío no es lo genético. Claro que si aquí no hubieran venido judíos sería imposible que hubiéramos recibido el influjo de su cultura y su religión. Lo que heredamos fue más que todo su cultura. Pero una cultura de conversos, con toda la ambivalencia que conlleva, no la de los judíos que han permanecido fieles a su religión y su cultura y, menos, la de los sionistas del actual estado de Israel.

Lo que heredamos fue una cultura de conversos que aparentan ser más católicos que el papa, pero, en realidad, siguen fieles a multitud de tradiciones, y, sobre todo, a la moral judía. Es una cultura que hoy es la de todo el pueblo antioqueño, estimulada durante más de cuatro siglos por un clero, una jerarquía que se dice católica pero es al mismo tiempo judía. Sería insensato decir que el pueblo antioqueño no le debe nada a su clero. Es mucho lo que le debemos y se lo debemos agradecer. Pero, desgraciadamente, su influjo ha sido también muy nocivo sobre todo desde que conformó una alianza sectaria con el partido conservador, saliendo del ámbito sagrado de su misión espiritual plenamente católica, es decir universal. Oigamos nuevamente a Fernando González: “Colombia ha tenido la desgracia (...) de vivir humillada por el clero o humillada por el perseguidor del clero. Colombia ha vivido de nombres, conservador y liberal (...) El liberalismo, cuya esencia debe ser el respeto a la personalidad y la conciencia, ha servido (...) para perseguir y humillar. La religión de Cristo, cuya esencia es amor, ha servido para rompernos el siquismo. (...) Hemos vivido ciento quince años humillados política, familiar e individualmente por el clérigo, o bien, persiguiendo sotanas; ambos estados síquicos son muy bajos, propios de gente inculta”. (p 57)

La cultura judía tiene potencialidades inmensas, que nosotros deberíamos desarrollar al máximo. Pero tiene lacras igualmente inmensas que podemos y debemos eliminar. Reconozcamos con orgullo nuestros ancestros. Afirmemos lo mejor de nosotros, para bien propio, de nuestras familias, de nuestro Departamento, de toda Colombia.